

# Un problema estratégico de la educación en época de cambio



**Por:** Ómer Calderón

[ocalder@udistrital.edu.co](mailto:ocalder@udistrital.edu.co)

Decano de la Facultad de Ciencias y Educación de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas; doctor en Educación; magíster en Ciencia Política y licenciado en Psicología y Pedagogía. También es director del grupo de investigación Formación de Educadores, categoría A1 de Minciencias.

Colombia avizora una era de paz de un nuevo gobierno electo, con retos estratégicos a la educación colombiana. Son cuestiones ancladas en la trayectoria de la escuela colombiana a partir del proyecto educativo del Movimiento de la Ilustración y su centralidad de la educación pública planteada por la insurgencia republicana del siglo XIX, que desde los años de 1970, de la pasada centuria, presenta una serie de problemas que ponen en entredicho el carácter moderno de la escuela colombiana.

**La escuela contemporánea sigue siendo parte del proyecto de la modernidad**, que sabemos por Juan Amós Comenio, fue estructurada para la educación de la infancia por niveles, con contenidos graduales en complejidad de los más avanzados conocimientos de las ciencias de la época y con metodologías de enseñanza basadas en la transposición del modo científico de pensar a las aulas escolares, sintetizado en métodos de enseñanza experimental.

Con la insurgencia del Movimiento de la Ilustración, su proyecto educativo propendía por la difusión más amplia entre toda la población de los saberes objetivos del mundo, alcanzados por el trabajo colectivo a lo largo de siglos, sin ningún tipo de discriminación, bien fuese de sexo, de condición social, de prejuicios raciales o de creencias religiosas. Educación para todos. Por lo cual, debía ser garantizada por el Estado.

En esa idea militó Simón Rodríguez impulsando la escuela pública, y se hizo realidad como conquista de los pueblos por el derecho a las más caras realizaciones de la inteligencia humana.

**Esta escuela moderna está atravesada por un problema que amenaza sus cimientos:** la subordinación de la enseñanza de las ciencias y las humanidades al régimen de verdad de la pedagogía posmoderna, visibilizado en los pobres resultados en las evaluaciones académicas internacionales y en las pruebas Saber.



La cuestión es que **hace aproximadamente diez lustros se ha ido agenciando en la escuela una serie de discursos bajo el halo incuestionable de la innovación pedagógica**. Retomando la idea clásica de la pedagogía de que el niño es el centro de la escuela, se vació de su contenido *comeniano* para usarlo en contra del maestro. Así, por ejemplo, entronizaron la falacia de que etimológicamente la palabra alumno significa «sin luz», para producir una representación del maestro autoritario que concibe a su discípulo como ignorante.

Por esa vía, había que destronar al maestro de su pedestal, para ponerlo al nivel del alumno, lo que implicó obligarle a menospreciar su principal valor, el dominio profundo de la disciplina de conocimiento que está potenciado para enseñar. La ciencia, las humanidades y el conocimiento humano, fueron

tachados de erudición innecesaria para la vida, por tanto, inútil para responder a los deseos del sujeto de aprendizaje, y de contera a las demandas de la sociedad.

¿Qué ha quedado de este *meme* en la práctica docente en el campo educativo? La carencia de sistematicidad en la enseñanza de las ciencias y las humanidades. La ausencia de aprendizajes, de fundamentos, entendimiento crítico del mundo. El olvido del proyecto educativo de la Ilustración.

Y este asunto toma alta relevancia cuando un nuevo gobierno anuncia que su proyecto es republicano y que el cambio social y económico estará soportado en las ciencias. Por ello, de nuevo tenemos que vérnosla con *ilustrar* a todas las generaciones con la mejor herramienta que para ello ha creado la razón: la escuela moderna. **Al**

